

Las musas están sedientas

HUBO UNA IDEA de la literatura ya casi olvidada que requería del alcohol. La concepción romántica del novelista que precisaba convocar a sus demonios interiores para "sacar fuera" lo mejor de sí mismo daba por hecho que el alcoholismo era una enfermedad profesional del *métier*, un peaje que debía abonarse a las musas a cambio de la facultad de franquear puertas que las inhibiciones y los bloqueos creativos se obstinaban en cerrar. El cine norteamericano reflejó abundantemente al escritor alcoholizado, pero quizás nunca con la lancinante crudeza con que lo hizo Billy Wilder en *Días sin huella* (*The Lost Weekend*, 1945), una película que, sin embargo, lograba a menudo el efecto contrario al que quería provocar: he conocido a jóvenes *letraheridos* a los que los tormentos y éxtasis del dipsómano Don Birnam (Ray Milland) —incluyendo aquel aterrador *delirium tremens* en el que surgían repulsivos bichejos de una grieta en la pared—, les provocaba aún más ganas de beber, de acuerdo con la vieja norma de que el abismo atrae y el infierno resulta menos aburrido que el paraíso. Tom Dardis analizó en *The Thirsty Muse* (1989), un libro famoso y nunca traducido al castellano, los estragos causados por el alcohol en algunos de los mejores escritores norteamericanos de la generación de entreguerras —Faulkner, Scott Fitzgerald, O'Neill, Hemingway—, argumentando acerca de sus efectos negativos sobre su producción. Pero lo cierto es que se trata de cuatro gigantes que nos dejaron otros tantos imprescindibles legados literarios: a pesar de (o hay quien dice que gracias a) el alcohol. La literatura norteamericana contemporánea está poblada de borrachuzos. Y la de aquí, también. Novelistas bebedores que escribieron en español (y en las demás lenguas españolas, claro) los ha habido a montones, amparados quizás en la mayor tolerancia mediterránea hacia el alcohólico. Bebieron mucho, por ejemplo, los escritores de la generación del cincuenta, tanto los que se movían por Madrid como los que lo hacían por Barcelona: de las nocturnidades alcohólicas de ambos grupos nos han quedado abundantes testimonios en los libros de memorias de sus colegas y contemporáneos. Y también han bebido los que vinieron después: Fernando Marías, por ejemplo, logró reflejar (por personaje interpuesto: un dibujante de cómic) algunas de sus propias (y dramáticas) experiencias alcohólicas en su memorable novela *El mundo se acaba todos los días* (2005, Alianza). En todo caso, literatura y alcohol siguen for-

mando en el imaginario de la gente una indisoluble pareja de hecho. *Mezclados y agitados* (DeBolsillo), de Antonio Jiménez Morato, saca provecho de las sublimaciones literarias del alcohol para establecer un recetario de cócteles con firma de autor (de Chandler a Cabrera Infante, de Djuna Barnes a Faulkner, de Gil de Biedma a

formado ambos y la mujer que amaron. En el viaje se amontonan los recuerdos: los personales, pero también los literarios y los históricos, suscitados en la mente del narrador por la imagen de una Rusia sobrecogedora y cubierta de nieve que parece, en efecto, estar dotada de un alma eterna. Una pequeña gran novela de amor

se está enamorada), hasta un Saigón ya muy alejado de los entusiasmos militantes de los sesenta y setenta, y visitado, finalmente, como parte del paquete turístico "Vietnam espectacular", lo que no deja de poner un cierre suavemente irónico al relato. Más prácticos y burgueses son los itinerarios que propone *125 Weekends in Europe* (Taschen), un volumen que recoge perfectamente ilustradas y minuciosamente puestas al día otras tantas escapadas de fin de semana por el viejo continente publicadas originalmente en la famosísima serie semanal *36 hours* de *The New York Times*. 125 peregrinaciones (de Lisboa o Cork a Tbilisi o Perm) planteadas con criterio práctico, pero buscando siempre un punto de originalidad y sorpresa más allá de lo trillado, y apoyadas en una razonable (y breve) selección de hoteles y restaurantes. Con interesantes sugerencias para hacerse en poco tiempo una idea de un lugar y quedarse con las ganas de volver en otra ocasión. Y sí: está en inglés, pero el vocabulario empleado está al nivel de usuario de Internet. Buena relación calidad-precio: encuadernado en tela, profusamente ilustrado con fotos, dibujos y planos, 650 páginas, 29,99 euros.

Final

SOLO FALTAN 20 días para el fin del mundo, si hacemos caso a las predicciones del calendario maya de cuenta larga, cuyos 5.125 años de duración se cumplirán el 21 del corriente. Espero que hayan aprovechado el día de las librerías (30 de noviembre) para aprovisionarse: si todo tiene que acabar, al menos que sea con los libreros contentos. Yo tengo reservado, además del texto bíblico imprescindible (pueden leer la traducción de Cantera Burgos e Iglesias González en *Apocalipsis Now*, de Vicente Verdú, Península), la *Poesía completa* (Lumen), de Zbigniew Herbert, que fue un maravilloso experto en el arte de desdramatizar poéticamente el espanto (incluso el cotidiano). Claro que, a lo mejor, todo queda en agua de borrajas, como cuando se hablaba del apagón electrónico a la vuelta del milenio y al día siguiente todo (hasta los sistemas informáticos de los gánsteres financieros, ¡ay!) siguió funcionando. Y es que quizás Eliot tenía razón (reléase *The Hollow Men*, 1925) y el mundo no terminará con un *bang* (estallido), sino con un *whimper* (lamento). Si así fuera, hay días grises de esos que te muerden el alma en que tengo la sensación de que el final empezó hace tiempo. Y perdonen la tristeza, que diría Vallejo, mi cholo favorito; y a vivir, que son veinte días. •



Ilustración de Max.

César Aira), a base de tragos reales (y extraídos de sus libros) o imaginarios (y "deducidos"). Todo ello acompañado de notas biográficas más o menos mitómanas de los escritores (algunos conspicuos alcohólicos y otros simples aficionados), instrucciones para la preparación de los brebajes y algunos fragmentos con referencias alcohólicas extraídas de sus obras. Lectura muy diferente —y más provechosa— me ha parecido la estupenda novela breve de Mathias Énard *El alcohol y la nostalgia* (Mondadori). Su protagonista, un escritor que también buscó su voz en el alcohol ("tu problema es que escribes para beber, y no a la inversa", le decía su amante), viaja en el Transiberiano acompañando el féretro de su amigo y rival en el enloquecido *ménage à trois* que habían

y de amistad (y vodka) en la que resuena el eco de Chéjov y se siente la huella lírica del Blaise Cendrars de *Prosa del Transiberiano* (1913).

Marcharse

DE VIAJES LEJANOS, vividos, disfrutados y meditados, habla también *París-Saigón* (Pasos Perdidos), un fragmentado *travelogue* que reúne parte significativa de la dilatada experiencia viajera de Ana Puértolas: un periplo en doce escalas separadas por casi cinco décadas, y en el que la autora cuenta lo que ha ido "viviendo y sintiendo" en diferentes lugares al hilo de la peripécia de su vida. Desde las primeras escapadas a París para respirar por vez primera el aire de la libertad (más intenso cuando

Earle entra entonces en una especie de realismo mágico muy contenido por el otro realismo desde el que escribe, el llamado sucio. Estos dos polos narrativos darán a la novela su fuerza y pequeña grandeza. Los "milagros" de Graciela, convertida en la ayudante de Doc, explicados como un don que adquirió de su abuelo en México, removerán la pequeña comunidad de yonquis y prostitutas hasta involucrar al párroco irlandés de South Presa, un contrapunto arriesgado en la trama de la novela. Earle adopta un tono neutro, descriptivo y directo, con diálogos muy ajustados y pertinentes. Desarrolla sus personajes con delicadeza y sin prisas. Los lleva a recibir al presidente Kennedy y a Jacky al aeropuerto de San Antonio, y hace cotidianos aquellos días lejanos del asesinato en Dallas. Por fin, cierra la novela con solvencia dispersando el reparto, pues, como dice Hank, "Joder, cualquier sitio tiene que ser mejor que esto". •

Una novela viva

No saldré vivo de este mundo

Steve Earle
Traducción de Javier Calvo
El Aleph, Barcelona, 2012
269 páginas. 18 euros (electrónico 13,99)

Por José Luis de Juan

SE SUELE DECIR que las novelas más auténticas son aquellas en las que el autor vuelca lo que sabe a ciencia cierta, sea por propia experiencia o por ósmosis literaria. Aquella divisa de Elias Canetti en sus diarios ("escribe sobre lo más íntimo y personal; lo general está en los periódicos") es recogida a su manera por el cantautor nacido en 1955 en San Antonio (Texas), Steve Earle, quien bucea en sus propios demonios y en los luga-

res que conoce bien para producir una novela viva, con personajes visibles y un mundo cerrado y sugerente. El protagonista, Doc Ebersole, es un médico adicto a la morfina que malvive en una pensión prostíbulo de South Presa, arrabal poco recomendable de San Antonio. Ya no puede ejercer de médico por sus prácticas dudosas y su enganche a la droga. Fue él quien diez años antes proporcionó el chute final que mandó al otro barrio al conocido cantante de folk Hank Williams. El autor de baladas como *I'm so lonesome I could cry*, muerto en 1953 a los 29 años, le persigue a todas partes en forma de espíritu que intenta librarse de su soledad y atraerle a la carretera en la que murió. Cada vez que Doc se inyecta se materializa Hank y le atormenta. Desclasado, Doc trapipea con los ca-

mellos y sobrevive gracias a su arte como sanador de los marginados que no pueden permitirse ir al hospital. Extrae balas, cose heridas de arma blanca, y se especializa en abortos clandestinos, de los cuales cada vez tiene más clientela gracias a las prostitutas del Yellow Rose. Su círculo social se reduce a Manny, el camello hispano que le proporciona la heroína, Akerman, el policía a quien debe pagar el impuesto para que haga la vista gorda, y el tándem formado por Marge y Dallas, las cuales regentan con la mayor discreción el prostíbulo. Entonces aparece Graciela, una joven mexicana, a la que su novio lleva a Doc para abortar. Ella cambiará no solo a Doc sino al resto de sombras que pululan por el barrio. Incluso el espíritu de Hank resultará afectado por su influencia.